

Seréis testigos de mi presencia (Santísima Trinidad)

DISPONTE

Haz silencio interior y olvídate de todo lo que te preocupa. Prepárate exterior e interiormente para escuchar a Dios en la lectura. Pídele al Señor que se haga presente proclamando en voz alta la oración: *En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, ¡oh Trinidad santa!, ayúdame a olvidarme de mí por completo para establecerme en ti. Pacifica mi alma, haz en ella tu cielo, tu morada amada y el lugar de tu reposo. Oh Trinidad, a quien adoro, abre nuestros corazones a tu Palabra, que tu gracia nos regale la comunión contigo. Amén.*

LEE

Con pausa, varias veces, hasta que empieces a entenderla. Dale tiempo al texto:

Mt 28,16-20

¹⁶ Los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado.

¹⁷ Al verlo, ellos se postraron, pero algunos dudaron.

¹⁸ Acercándose a ellos, Jesús les dijo: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra.

¹⁹ Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo;

²⁰ enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos».

ESCUCHA – CONTEMPLA

Trata de identificar lo que el Señor quiere decirte. ¿Qué te llama la atención y por qué?

En el evangelio de este domingo encontramos el único texto del Nuevo Testamento que presenta juntos los tres nombres “**Padre, Hijo y Espíritu Santo**”. Como siempre las lecturas previas al evangelio preparan para una mejor comprensión del evangelio. La primera lectura del Deuteronomio exalta la generosidad de Dios al revelarse y comunicar su amor, creando unos vínculos impresionantes entre Dios y su pueblo. La carta de san Pablo a los Romanos, como segunda lectura, nos informa que hemos recibido un espíritu de hijos que nos permite “**clamar Abbá, Padre**”. El Espíritu nos introduce en una relación profunda con Dios, convirtiéndonos en coherederos con Cristo, en hijos en el Hijo. La fiesta de la Santísima Trinidad habla de la generosidad de Dios que quiere compartir su vida con los hombres.

El evangelio de Mateo concluye con una solemne aparición de Jesús resucitado a los discípulos. Este encuentro final entre el Maestro y los suyos tiene lugar en un sitio muy significativo: en Galilea, allí donde él había comenzado su misión y en un monte. Se trata de un momento clave en el evangelio, ya que los discípulos, que por miedo, cobardía e inseguridad, habían abandonado a Jesús en el momento de la pasión, ahora caen a sus pies. Dice el texto (v.17) que al verlo “**se postraron**”. Este gesto de reconocimiento y reverencia nos remite al “**hijo del hombre**”, personaje simbólico característico del libro de Daniel que posee un poder universal y eterno: “*Se le dio poder, gloria y reino, y de todos los pueblos, naciones y lenguas le servían. Su poder es eterno y nunca pasará, y su reino jamás será destruido*” (Dn 7,14). El NT contempla la realización de esta figura en Jesús de Nazaret.

Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos. Cuando el Resucitado se aparece a sus once discípulos, se presenta como el que ha recibido de Dios Padre todo poder en el cielo y en la

tierra. Les encomienda la misión universal: todas las personas de todos los pueblos y de todas las generaciones están destinadas a ser discípulos de Jesús, aceptando la revelación que él ofrece de Dios y ordenando su vida de acuerdo con sus enseñanzas. Enseñar la doctrina de Jesús no consiste en transmitir a las personas conocimientos teóricos, sino en ayudarlas a poner en práctica sus enseñanzas en la vida de cada día. En otras palabras, la misión de los discípulos de Jesús es enseñar un estilo de vida basado en el Evangelio.

Bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Enseñar y bautizar son la encomienda que el Resucitado da a los discípulos. Bautizar connotaba la inmersión en el agua que los antiguos practicaban como signo religioso. Ahora bien, se trata de bautizar “**en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo**”, es decir, en nombre de Dios, tal como Jesús nos lo ha revelado. De este modo, la persona que recibe el bautismo entra en íntima comunión con Dios: estamos en relación con el Padre, que nos engendra a una vida nueva; con el Hijo, que nos ha salvado; y con el Espíritu Santo, que nos comunica la vida divina. El Hijo de Dios se hizo hombre para revelarnos el amor del Padre y comunicarnos el Espíritu Santo. La Encarnación y la redención tienen como finalidad introducirnos en la vida íntima de Dios, que es una vida de amor. Se trata de un amor tan fuerte que hace que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo sean un solo Dios. La participación en esta vida comunitaria divina se inicia y fundamenta en el bautismo, se actúa durante la vida terrena y llegará a su realización plena en la vida eterna.

Para acabar, las últimas palabras de Jesús constituyen una magna promesa: “**y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de los tiempos**” (v.20). A buen seguro, este mundo tendrá un final que coincidirá con la parusía, pero todos los días que los cristianos viven esperando ese momento están colmados ya de una presencia, pues el Señor mora allí donde dos o más se reúnen en su nombre, como presencia discreta y silenciosa que acompaña cada momento de la vida de los creyentes.

HABLA CON DIOS (REZA)

Vuelve a leer el texto y ve con los ojos del alma el rostro del Resucitado, oye sus palabras poderosas encomendándote la gran misión de ir al mundo como testigo de su amor. Imagínate todo como si presente te hallaras. ¿Qué papel juegas tú en la escena? Agradece, contempla, adora a Jesús.

Medita cantando esta canción

***Id, amigos, por el mundo, anunciando el amor
Mensajeros de la vida, de la paz y el perdón
Sed, amigos, los testigos de mi resurrección
Id llevando mi presencia. ¡con vosotros estoy!***

Sois una llama que ha de encender
Resplandores de fe y caridad
Sois los pastores que han de guiar
Al mundo por sendas de paz

Sois los amigos que quise escoger
Sois palabra que intento gritar
Sois reino nuevo que empieza a engendrar
Justicia, amor y verdad